



EL

MEMORIAS
DE UN ESPÍA
INFILTRADO
POR EL CNI

AGENTE
OSCURO

Prólogo de
Ignacio Cembrero

ANÓNIMO

El agente oscuro

Memorias de un espía
infiltrado por el CNI

Prólogo de
Ignacio Cembrero

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2019

© del prólogo: Ignacio Cembrero, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 9136-2019
ISBN: 978-84-17747-67-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A todos los hombres y mujeres que por cuenta
de estados democráticos realizan el solitario e ingrato
trabajo de obtención de información para la inteligencia.
A sus familias –y a la mía–, que padecen
las consecuencias de tan secreto oficio.*

I

No recuerdo en qué momento de mi vida me di cuenta de que ciertos episodios ocultos, en los que había participado directa o indirectamente, merecían ser contados o escritos; a partir de entonces fui poco a poco hilando el relato que sigue y construyendo, con el recuerdo preciso de quien tuvo que memorizar tal vez demasiados detalles, una zona necesariamente en sombra de la historia del espionaje contemporáneo institucional y de base de este complejo país que es España.

Tundra no fue mi auténtico alias; pero podía haberlo sido. Aun con esa licencia y otras que me he permitido con determinados nombres y lugares, es más que previsible que algunos responsables del viejo Centro Superior de Información de la Defensa (CESID) y los últimos controladores y enlaces que tuve en el moderno y pretencioso Centro Nacional de Inteligencia (CNI) me identifiquen plenamente. También asumo que me reconocerán algunos de quienes fueron mis objetivos durante esos años, claramente referidos y retratados en esta narración, y hasta algunos de los responsables de las organizaciones en las que trabajé infiltrado. Sólo admitiendo este necesario inconveniente y sopesando sus posibles consecuencias ha podido escribirse y publicarse el comprometido relato que sigue. Sin embargo, he tomado precauciones literarias cuando se trataba de ambientes más recientes de radicalismo y terrorismo de apellido islámico. En estos, sobre todo, y en algunos otros de los episodios que siguen, los nombres de ciertos protagonistas, las fechas exactas de los hechos y los escenarios espaciales han sido intencionadamente omitidos o alterados para camuflar la identidad del autor de la narración, de Tundra. Ello no afecta en absoluto a la esencia de la historia, y el lector pronto

entenderá que ese enmascaramiento era absolutamente imprescindible en algunos de los relatos.

Hoy tengo mi propio negocio de importación y venta en una ciudad española en la que nunca desarrollé labores de información para nadie. Ya no trabajo ni colaboro con ninguna agencia de inteligencia ni deseo volver a tener contacto alguno con ese mundo subterráneo. Llevo eso que se conoce como una vida discreta. Salvo mi esposa, ya al corriente de todo, el resto de mi familia y mis amigos continúan ignorando la realidad de mi vida laboral. Mi aspecto exterior tampoco tiene nada que ver con el que fue. Por todo eso creo que, aunque llegaran a conocerse mi nombre y apellidos, comunes ambos en nuestros censos, no le será fácil a nadie hacer averiguaciones sobre mi paradero y situación actuales.

Esta que sigue, le pese a quien le pese y lo niegue quien lo niegue, es la historia del trabajo de campo ordinario de un servicio de inteligencia secreto y eficaz como el español. Es la historia, en clave *reality show*, de Tundra, un informador reclutado por el Centro y convertido en agente oscuro, un peón al que se entrenó y formó para que pudiera infiltrarse a sueldo en ambientes grises, clandestinos o marginales.

En todo este tiempo he sabido de muchos hombres y mujeres de todas las edades que siguen trabajando a diario y arriesgando su estabilidad social y familiar, cuando no su salud y hasta sus vidas, para informar al Gobierno de España de todo aquello que puede suponer una amenaza para la seguridad, la paz, la economía de la nación, la defensa, la estabilidad política... De casi ninguno jamás se sabrá nada. A todos ellos y a su ingrato oficio está dedicado este relato.

Estas páginas narran la historia de Tundra, tal y como la he ido recordando: es la crónica del día a día de un espía atónito, perplejo ante la gravedad de muchas de las cosas que sucedían en su entorno y que nunca fueron del conocimiento de la opinión pública.

Las calles de Rabat amanecieron empapadas y gélidas después de dos días de intensa tormenta. Desde la ventana de la habitación 355 del hotel La Tour Hassan, sobre la avenida Chellah, se adivinaba ya un cielo espléndido y deslumbrante. La brisa atlántica arrastraba olores de pesquería y escollera: se colaban en la habitación junto a las bocinas impacientes de la mañana, el chirrido ronco de los tranvías nuevos y el rumor de una muchedumbre de peatones somnolientos que comenzaban a saturar las calles y los caminos al zoco. Aún era temprano. Me duché sin prisas en la bañera blasonada; me vestí ante el espejo con un traje gris de lana primaveral y enganché por detrás de la corbata de punto un diminuto micrófono de grabación con forma de lágrima plateada que aparentaba ser un simple auricular de botón, una clásica y antigua orejera. Me asomé después al pasillo largo a dar los buenos días en árabe a los agentes que protegían al político español; habían pasado la noche, supuestamente en vigilia, sobre un diván de terciopelo con cojines rojos frente a la puerta de su *suite* imperial.

Bajé solo al restaurante y elegí una mesa junto al patio para desayunar *rgbaif* recién hechos, café expreso y zumo de auténticas naranjas del Lucus. Los aplicados jardineros se afanaban ya por desaguar a su ritmo los parterres de las palmeras, todavía anegados por las intensas lluvias de febrero. La fuente ornamental desprendía un olor a cloro y detergente que arruinaba el espectáculo gozoso de las hortensias y las alstroemerias.

Del murmullo en francés de los veladores vecinos y el tintineo de cubiertos de los turistas madrugadores surgió la voz pomposa del responsable de recepción y protocolo de la visita, Mustafá Alabí, un yebelí muy alto y narigudo cuya calva verdosa le confería un

aspecto completamente mórbido: «Los coches ya están esperándoles en la puerta del hotel», me anunció en francés. Puse cara de que me importaba mucho, me terminé rápido el riquísimo café, cogí mi maletín de piel y me encaminé hacia la puerta principal del establecimiento donde, en efecto, esperaba formada ya la caravana de vehículos de protocolo y policía. El político madrileño, al que me habían encomendado la misión de acompañar en su segunda visita oficial a Rabat, ya estaba siendo acomodado en el extraordinario Mercedes azul cobalto que le había asignado el Ministerio de Asuntos Exteriores de Marruecos. Ni él ni ninguno de los que le acompañaban sabían de mi verdadero cometido en la delegación. Me dio los buenos días ya desde el interior de su coche, bajando la ventanilla, y me preguntó, por gestos, por el desayuno, haciendo como que bebía de una taza invisible. Le respondí, también con gestos, que no sabía y puse una mueca de fastidio, como si tampoco yo hubiera desayunado.

Al coche principal le seguían en el convoy otros dos vehículos negros con agentes de la *Sûreté Nationale* vestidos con sus también fúnebres trajes negros de costuras industriales. A mí me asignaron el mismo BMW de la víspera, a compartir con un consejero de la Embajada española y la traductora reglamentaria, Fátima Mansour. El coche patrullero que encabezaba el fugaz desfile diplomático se puso en marcha arrastrando a todos los demás; con su sirena estrepitosa y su aparato de luces rojas y verdes abría paso por las calles a la comitiva oficial saltándose los stops, los pasos de cebra y los semáforos en rojo. Los agentes que pretendían regular el tráfico desde las glorietas de Rabat se cuadraban al paso de la solemne caravana y se llevaban muy despacio la mano a la visera de la gorra en un ademán tan glorioso como absurdo, pues no podían saber ni ver quién viajaba en ella.

A las ocho y media de la mañana entramos en Dar el Makhzen, el palacio de Mohamed VI. El embajador Navarro González había llegado antes que nosotros y aguardaba ya en el interior de su berlina abanderada frente al edificio palatino. Guardias reales con uniformes rojos tradicionales, soldados de infantería con ropas y armas de combate y policías en chilaba con credenciales de plástico amarillento en la solapa formaban parte del paisaje del Mechouar.

Los centinelas izaron las barreras y retiraron del suelo las cadenas de pinchos. Estacionamos frente al anodino pabellón gubernamental y subimos enseguida y en pelotón unas escaleras interiores anchas y bien custodiadas; media docena de camareros con guantes blancos nos agasajaron, ya en la antesala presidencial, con sonrisas, pastas y té de bienvenida. En algunos despachos con la puerta abierta fumaban secretarios y asesores. Pasamos pronto, casi sin probar bocado, al gabinete del primer ministro del Gobierno de Marruecos, Abbas el Fassi, donde había penetrado ya el vaho de la hierbabuena y el aroma a canela china de los dulces de almendra. Toda esa bruma acaramelada desentonaba con el rigor castrense de los escribientes de palacio.

Además de los dos grandes actores del encuentro previsto en la agenda de la visita, asistíamos a la reunión el embajador español, la traductora y yo, en calidad de adlátere, intérprete personal y supuesto experto del Gobierno español de los asuntos territoriales marroquíes. Permanecí en absoluto silencio, como estaba previsto. El embajador tampoco abrió la boca, aunque tomó notas en una agenda grande. El consejero de la embajada y el jovencísimo secretario de El Fassi permanecieron de susurrada tertulia en una sobrecargada salita contigua.

La reunión duró lo que tardó el primer ministro en recordarle a España las extraordinarias bondades del plan de autonomía especial para el Sáhara Occidental, preparado por la propia monarquía alauí, y las maldades indecibles del Gobierno de Argelia. Y también subrayó la ñoñería de la sociedad española que acogía en sus casas a ingentes cantidades de niños de los campamentos saharauis, utilizados por el Frente Polisario como propaganda cáustica contra Marruecos. La sorprendente amonestación gubernamental quedó perfectamente recogida en la grabadora oculta de mi teléfono móvil, una poderosa aplicación que no se comercializa fuera del ámbito de los servicios oficiales de inteligencia. Terminado el encuentro y despedidos los invitados, en menos de dos minutos, antes incluso de abandonar Dar el Makhzen, el archivo de audio había sido automáticamente codificado, enviado a Madrid comprimido y borrado del todo de mi equipo de comunicaciones; y estaba ya en manos del analista del CNI que había preparado la misión.

El trabajo no había hecho más que empezar. El protocolo marroquí de recepción nos llevó al Mausoleo Real y, convenientemente descalzos y compungidos, fuimos instados a venerar con flores las tumbas de los antiguos monarcas. Ninguna visita oficial se libra de ese ritual de respeto. Ya en la habitación del hotel, y antes del almuerzo solemne en La Maison Arabe, el mejor restaurante tradicional de Rabat, me apresuré a redactar el preceptivo informe completo con todo lo que una grabadora digital no podrá recoger jamás: número y distribución del personal de seguridad del palacio, ojos electrónicos de vigilancia y sensores de movimiento a la vista, descripción del trato dispensado por parte de la solícita corte presidencial, los nombres de la traductora, los chóferes, los escoltas, los encargados del protocolo, sus teléfonos móviles, las matrículas de todo lo que tuviera ruedas a nuestro alrededor y, en definitiva, todo aquello que, después de más de veinte años de relación con el Centro, sabía perfectamente que interesaba a los analistas especializados en política marroquí de la carretera de La Coruña. Hasta los detalles más insignificantes del gabinete del jefe del gobierno, como relojes de sobremesa, lapiceros y fotografías familiares formaban parte del informe final. Todo pasaba a integrar un puzle inacabable que se confeccionaba en Madrid y que servía a los diferentes ministerios para conocer cada vinculación, tendencia y afecto de todo aquél que se moviera en los círculos de toma de decisiones del país vecino. Y esa inteligencia final y redactada era además moneda de cambio con la que Madrid comerciaba en la chamarilería del espionaje de los países aliados, donde los informes se intercambian como si fuesen cromos de futbolistas. Título, subtítulo, sumario, cintillos y destacados daban a mi parte el aspecto de un despacho de prensa antiguo. Sólo su carácter altamente confidencial lo distinguía profundamente de una noticia de teletipo.

Así tenía que hacer las cosas cuando se trataba de Marruecos. Este país era, al menos entonces, además de nuestro mejor amigo en materia de seguridad y nuestro vecino cómplice, también el primer enemigo potencial de España y nuestra principal amenaza territorial. Eso era lo que se nos enseñaba. Toda la información que se obtuviera de sus dirigentes públicos, estrategias militares, diplomáticos, corresponsales de prensa, jefes de Policía o inteli-

gencia, componentes de la realeza o líderes efímeros de revueltas subversivas era siempre insuficiente. Pero, sobre todo, lo que más se buscaba desde Madrid era aquello que tuviera que ver con el llamado Makhzen, el almacén, la trastienda, un poder paralelo al rey y a las instituciones oficiales que había dejado de ser un mito para la comunidad internacional de inteligencia y estaba considerado ya como el verdadero centro de la toma de decisiones políticas del país.

Volví a casa dos o tres días después de haber rematado el viaje con unas fotos de las obras nuevas del puerto deportivo de Salé que, por algún oscuro motivo, me encargaron tomar a mí y no a cualquiera de los funcionarios de la estación del CNI de la Embajada de España en Rabat. Esas últimas jornadas resultaron soporíferas, de paseos vespertinos por la medina que se eternizaban hasta Bab El Had y de agotadores regateos para regalos que había que llevar a la familia. Algunas ciudades marroquíes me resultaban ya tan familiares que no eran capaces de producirme el menor entusiasmo.

Por fin, desde la cubierta del transbordador de Tánger a Tarifa, donde me esperaba un coche para llevarme al aeropuerto de Málaga, llamé impaciente a casa. Antes, tuve que esperar a que el móvil se conectara a una de las redes de telefonía peninsular, que por entonces estaban a salvo de que un servicio extranjero pudiera intervenirlas. El viento helado de poniente y la luz aplastante del estrecho eran fantásticos. «Todo ha ido muy bien, chata. Estos tíos empezarán a recibir y distribuir nuestras motosierras a partir de mayo; mi socio está muy contento», mentí, como siempre, para que mi familia siguiera viviendo al margen de mis aventuras.

Años atrás, en tiempos del teniente general Manglano, yo no era más que un estudiante mediocre de Económicas de la vieja Universidad de Zaragoza; tenía casi veinte años, el pelo ondulado y largo, y vestía con vaqueros viejos y deportivas sin cordones en una facultad en la que abundaban los mocasines castellanos, las camisas de piqué y las sudaderas de Amarras. Me gustaba la literatura francesa y disfrutaba traduciendo a mi manera a Verlaine y Rimbaud. Era consciente de la aventajada condición social de mi familia, bar-

celonesa antigua, y también de que mi descuidada apariencia exterior no coincidía con lo que se esperaba de un alumno de orígenes acomodados. Tenía un Corsa azul aparcado en la puerta, y eso me situaba en el exclusivo y siempre envidiado grupo de los estudiantes motorizados. Vivía solo en un pequeño estudio con cocina eléctrica en Marcelino Unceta, pero solía almorzar en alguno de los destaralados comedores universitarios, o en los bares de tapas de El Tubo, que todavía eran baratos. Mis mejores amigos cursaban, casi todos, otras carreras más interesantes que la mía. También me movía con profesores noveles o investigadores becarios que se intentaban abrir paso en el endogámico mundo de la docencia universitaria. Me gustaba salir en bicicleta acompañado por quien fuera por las carreteras secundarias que llevaban a remotos pueblos de piedra, ruinas de castillos pirenaicos y concurridas playas fluviales. De noche, los viernes y sábados, como todos los que vivíamos entre apuntes y fotocopias, salía a beber y reír a los locales en los que se concentraba el ajetreado y denso tropel estudiantil.

Mi primer contacto con el hermético y sombrío universo subterráneo del espionaje tuvo lugar precisamente en una de las polvorientas bodegas de El Tubo. Ese momento imborrable en aquel antro de vinos y frituras cambiaría mi vida durante casi las siguientes tres décadas.

Fue mi amigo Javier Amado, dos años mayor que yo, ataviado con su recurrente y vetusta austriaca verde de botones plateados, peinado con brillantina y con el rostro bien rasurado, el que me reveló aquella noche que hacía ya tiempo que realizaba labores de investigación para el CESID; que no le pagaban gran cosa por la faena pero que estaba aprendiendo mucho y disfrutaba con la tarea; que era lo más emocionante que había hecho nunca y que se aplicaba en el asunto por dinero, pero, sobre todo, por patriotismo. Y remató la introducción recalcando que nadie debía saber lo que me iba a contar.

Confieso que dudé en primera instancia: de repente creí que aquel nuevo amigo a quien todavía no había tenido tiempo de conocer bien era un fanfarrón que alardeaba con fantasías hollywoodienses de cosecha propia, o que pretendía tomarme el pelo y su exposición era parte de una broma que ya empezaba sin gracia y en la que había

más compinches. Pero siguió explicando las cosas con un conocimiento de los asuntos del espionaje que era compatible con la realidad de su historia: «El caso es que mis jefes están buscando a un tipo con unas características muy concretas, como tú, que tenga las ideas claras pero que dé el pego, que se pueda hacer pasar por rojo e infiltrarse en un movimiento de extrema izquierda que, por lo visto, preocupa mucho en el Ministerio del Interior».

Lo que contaba Javier Amado me seguía pareciendo inverosímil, hasta el punto de hacerme sentir incapaz de articular un sólo comentario coherente en respuesta a su discurso, pero fingí creérmelo todo, permanecí en silencio y le dejé terminar. Tras la descripción pormenorizada de cada detalle de su trabajo de campo me propuso, sin más, un encuentro inminente con sus superiores, que me explicarían todo y se asegurarían de mi capacidad y disposición.

Apuré lo que quedaba de cerveza en mi vaso y pedí otras dos a la camarera con el encargo de que las anotara en mi cuenta. Javier retomó el asunto de los izquierdistas para ir rematando: «Se trata de una gente muy de izquierdas recién establecida por aquí, conectada por lo visto a los marxistas y leninistas de Europa, que cuentan con varias organizaciones tapadera en España y andan captando niñatos de la universidad para sus movidas, ya sabes». La historia empezaba a parecer cierta, al menos de momento, aunque seguía teniendo elementos raros. Terminó diciendo: «Yo no sé mucho más al respecto, pero está claro que tampoco doy el perfil para dejarme engatusar por estos tíos, que además son muy anticlericales, pero tú sí, créeme, y me han encargado que busque a alguien de confianza, a un estudiante que cuele como rojo, como progresista casposo total, y que tenga ganas y capacidad para empezar a militar en sus organizaciones y a enterarse de todo lo que se cuece dentro y a contarlo».

La exposición de Javier Amado seguía pareciéndome demasiado peliculera, pero decidí hacer un acto de fe, y tal fue mi entusiasmo ante la que podía ser mi primera expectativa de trabajo remunerado en Zaragoza que en menos de tres días estaba sentado en la barra de la cafetería del hotel Reino de Aragón con un militar sevillano de paisano del que no sabía más que su rango y ciudad de nacimiento.

El oficial era un individuo alto y delgado, con el pelo mal teñido en un color sin definir, que se asomaba a los sesenta sin disimulo alguno. Fumaba demasiado en un tiempo casi olvidado en el que uno podía empalmar un cigarrillo tras otro incluso en los bares más elegantes, y tenía los dedos amarillos de nicotina. Se sentó en un rincón de la barra, de frente a la puerta del bar, como vería hacer siempre en adelante a todos mis interlocutores de agencias de inteligencia: con la espalda pegada a la pared para que nadie fuera de su campo visual pudiera oírlo, fotografiarlo o reconocerlo. Hablaba casi sin mirarme a los ojos. Sin duda pensó que yo no estaba del todo convencido de la propuesta que él mismo, sin conocerme, me hizo llegar por mediación de Javier Amado, o que no acababa de crérmela; así que quiso persuadirme con una maniobra ensayada ofreciendo horizontes maravillosos de futuro, garantías importantes de confidencialidad y seguridad y, por encima de todo, el honor de la gloriosa misión patria que se me iba a encomendar.

Recuerdo bien que apenas abrí la boca en ese primer encuentro, y que sólo dije más o menos que yo me sentía capaz de hacer perfectamente lo que me estaba proponiendo y que de mí, en efecto, podía fiarse por completo. Luego, en seguida, en un alarde de precocidad del que aún me estoy asombrando, le pregunté si me pagarían y cuánto. «Te pagaremos, sí; pero sólo si consigues información interesante para nosotros», respondió gravemente el fumador con una teatralidad nueva. Esa respuesta no era la que esperaba aquel niño de papá acostumbrado a moverse con una tarjeta de crédito del Hispano Americano en el bolsillo. Así que, en cuanto pude, volví a insistir en lo mismo: «¿Qué información exactamente y cuánto dinero?». El agente se incomodó a todas luces con la pregunta, y se notó que no era esa la actitud y la disposición que esperaba de mí. Javier Amado había exagerado sobre mis cualidades. Me vi forzado a justificarme, a explicar que era normal que quisiera saber si lo que se me pedía era fácil o difícil y, sobre todo, legal. Entonces sacó del bolsillo un billete de cinco mil pesetas con la cara del rey Juan Carlos en uniforme de capitán general. Lo colocó junto al posavasos de mi copa ya casi vacía y, mirándome a los ojos con la cara torcida, dijo que eso era un adelanto para los primeros gastos, que me lo tomara como un regalo de bienvenida y que volviera

a ese mismo sitio al cabo de dos días para conocer al experto en amenazas políticas que se habría de convertir desde entonces en mi enlace operacional.

Con el tiempo supe que aquel militar de uñas amarillas era entonces el director de la estación del CESID en Zaragoza. Su identidad permaneció siempre velada para mí, pero supe que era pública para las autoridades regionales. Su trabajo ordinario tenía mucho de relación con la Policía, la Guardia Civil, el centro penitenciario, la División de Inteligencia del Estado Mayor, los líderes políticos locales y los aspirantes a la nacionalidad española. La reunión que mantuvo conmigo aquella tarde sólo tenía como objetivo comprobar mi aptitud, mi talento y la confianza que podía generarles antes de que uno de sus agentes secretos especializados en movimientos de extrema izquierda me mostrara el rostro para empezar a trabajar.

Por la razón que fuese no volví a ver jamás al militar. Me dijeron después que dejó el Centro y se fue al Estado Mayor, y que se jubiló en la Capitanía General de Valencia. No olvidaré dos cosas de aquella efímera relación: la montaña de colillas de Ducados Internacional que dejó en el cenicero de vidrio de la barra del bar del Reino de Aragón y la bravuconada, al despedirnos en la puerta del hotel, de mostrarse interesado por el trabajo de mi hermana en la Oficina de Patentes y Marcas de Barcelona, por la lesión de rodilla y reciente intervención quirúrgica de mi padre y por el precio al que vendí finalmente mi Derbi Variant al hijo de la imponente profesora de Macroeconomía. Se había hecho con toda esa información personal y familiar, y no podía entender bien cómo lo había logrado en una época en que internet era una palabra inexistente aún. Menudo fanfarrón, pienso ahora.

Las cosas comenzaron siendo muy distintas con Helenio Gil, el técnico de información especializado en extrema izquierda que se convirtió a partir de entonces en mi único enlace con el CESID. En muchos años de encuentros semanales, y muy a pesar de su obligada discreción, pude averiguar que estaba bien y felizmente casado y que tenía un hijo, que seguía perteneciendo a la Guardia Civil aunque estaba en situación de servicios especiales, que nació en un Orense añorado al que decía que no quería volver porque la

gente ya no era la misma, y que le fascinaba todo lo relacionado con los parapentes de montaña, los autogiros monoplazas y los planeadores de fibra. Tenía una melena media de tono castaño. Usaba siempre ropa muy deportiva e informal, pero cara. No bebía casi nada ni fumaba, y su confianza prematura en la veracidad de toda la información que me pediría y le iría haciendo llegar contribuyó a la fundación de un clima de trabajo inmejorable.

Acordamos, a instancia suya, un código secreto para algunas de nuestras necesarias conversaciones y citas por teléfono: establecimos que a cada cafetería o bar de Zaragoza y alrededores de los más de veinte previamente pactados le correspondía una letra del abecedario. Así, la cafetería de El Corte Inglés de Independencia se llamaría entre nosotros A, El Real sería la B, La Antigua era la C, etcétera. Así, Helenio Gil me llamaba por teléfono a mi apartamento y me decía: «Nos vemos en F mañana a las cuatro de la tarde». En ese caso yo debía recordar el bar que se llamaba F. Además habíamos pactado que a la hora que rematásemos por teléfono para el encuentro en el lugar que fuera había que restarle cinco y, por tanto, según esa fórmula sencilla, las cuatro de la tarde significaban las once de la mañana. Si el enemigo hubiera querido pillarnos juntos alguna vez en un encuentro no lo hubiera tenido fácil a tenor de lo que nos decíamos por teléfono. De eso se trataba, de que nadie nos pudiera ver juntos nunca. Todo me parecía un simpático juego de niños, sobre todo porque yo ignoraba la identidad de ese enemigo al que se daba por hecho.

Helenio Gil me dijo desde el primer momento que cuando me dirigiera a él le llamara Tito, y así lo hice siempre aunque me pareciera que no había nadie en los alrededores. Quedamos en que, si alguien conocido nos veía juntos y preguntaba por nuestra relación o amistad, yo debía explicar que era un primo hermano de mi madre, destinado temporalmente como funcionario en los juzgados de la plaza del Pilar y que por eso estaba viviendo en Zaragoza. Todos esos detalles se pactaron no sólo para garantizar mi seguridad, como me decían, sino sobre todo, como pude ir sabiendo más tarde, para que nadie pudiera establecer nunca una relación posible entre el CESID y yo, mi misión nunca fuera descubierta y arruinada, y, en el caso remoto de que fuese sorprendido por el objetivo en al-

gún acto que me delatara, ellos pudieran negar cualquier vinculación mía con el Centro.

El primer trabajo que se me encargó consistió en hacerme querer por un pequeño grupo de militantes del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) que coordinaba diferentes plataformas y asociaciones locales ligadas al anticapitalismo, el antifascismo y el vago y extenso universo antisistema. Destacaba entre aquella patulea anárquica de afiliados una líder del PCPE, enfermera en activo de profesión, que presidía una asociación jurídicamente creada y registrada para organizar fiestas, conciertos y rifas en beneficio de la Cuba más fiel a Fidel Castro. Parecía una broma pero la señora en cuestión se llamaba Carmen de la Hoz. Tenía unos cuarenta y cinco años, la cara afilada de ave rapaz, gafas de John Lennon para miopes y el pelo muy negro y rizado. Había estado casada con un magistrado muy activo de Jueces para la Democracia, cuyo divorcio reciente todavía era motivo de trifulcas y enfrentamientos, y vivía con una hija de dieciocho años que, con su misma delgadez crónica, la imitaba hasta en el modo pretendidamente casual de vestirse y adornarse. Su asociación de amistad y solidaridad con la Revolución de Cuba compartía sede en la calle Ramón Pignatelli con otros movimientos de hechura ecologista, antimilitarista, insumisa, okupa y hasta con un sindicato obrero independentista aragonés.

El tío Helenio me puso al corriente de todo el entramado asociativo y me facilitó los primeros recursos y herramientas para la infiltración que me había propuesto y yo había aceptado; una astuta maniobra urdida para que pudiese entrar en el grupo y, a la vez, mantenerme libre de sospecha ante todos: «El próximo jueves hay un recital poético en un bar muy cerca del parque Bruil; lo organiza esta gente y estarán casi todos. Podrías dejarte caer por allí como un estudiante zurdo aficionado a la poesía. Te dejas ver solamente, te interesas un poco por ese rollo que se traen, llevas tus poemas traducidos del francés para tener de qué hablar en los primeros corrillos en los que caigas, te posicionas políticamente como antimperialista, te cagas en Bush dos veces y a ver qué pasa».

Y esa fue mi primera misión y mi primer trabajo pagado. No era como para sentirme un personaje de Tom Clancy, la verdad: el gla-

mur de la operación era inexistente pero, para mi temprana edad y la ingenuidad de mi generación, el tráiler de la película que empezaba a protagonizar resultaba del todo efectista, apasionante y prometedor.

El interior del bar de los jóvenes poetas por la paz estaba decorado con banderas de la II República y retratos de Fidel Castro y del Che. Era un local viejo de un inmueble aún más vetusto, medio en ruinas, de una calle peatonal jalonada de excrementos caninos y botellines de cerveza abandonados. El propietario había puesto pintura negra en las paredes sin enlucir del interior, y dos focos incandescentes y verdes en cada rincón del techo eran la iluminación con la que había que conformarse. Tenía al fondo una barra de bar pequeña sin máquina de café ni grifo de cerveza. Sólo se servían botellas de Ámbar y combinados nacionales en vasos de tubo.

Llegué solo al triste garito, con un pañuelo palestino que conseguí la tarde anterior en el Rastro semanal. Lo llevaba escondido bajo la trenca bien abrochada para evitar que, antes de llegar al bar, alguno de mis amigos habituales pudiera descubrirme, con la consecuente sorpresa. La atmósfera del local no tenía nada que ver con los ambientes que yo frecuentaba por entonces; todo ese gentío humeante, de edades incomprensibles entre sí y ropas *grunge* o de miliciano de otra época, me resultaba absolutamente exótico. Sin embargo, debo reconocer que acabaría casi por acostumbrarme a ese medio tan remotamente hostil y a ese hábitat humano singular en el que habría de desenvolverme en adelante para ganarme la vida.

Como ya había pronosticado Helenio Gil, no fue nada difícil atrapar la atención de los organizadores del recital poético-social. Yo llevaba preparadas todas las respuestas posibles a las preguntas que pudieran surgir en las primeras conversaciones en el bar: que estaba allí porque había visto los carteles del evento en la facultad, que me gustaba mucho la poesía y sobre todo Pablo Neruda, que yo también escribía y traducía a los poetas revolucionarios y otras muchas mentiras... Después, sobre el recuerdo reciente de un viaje a Cuba y de un verano lluvioso en Londres, que yo convertí en todo un curso de nueve meses, me fui inventando una biografía personal para la ocasión en la que me adorné con habilidades de activista

social y dominio literario de la canción protesta. Desperté de inmediato la admiración de los presentes.

Helenio Gil me había recomendado que siempre recurriera en estos casos al menor número posible de mentiras, que ofreciera detalles reales e inequívocos sobre mi vida y mis gustos, y que la parte fingida y fantástica de mi relación con el grupo se limitara exclusivamente a mis opiniones políticas. Era la forma de evitar incurrir en errores o contradicciones. Pero yo me excedí desde el primer instante: sucumbí casi sin querer a una marea interior de creciente entusiasmo. Intenté a toda costa afianzar de golpe y porrazo y para siempre mi relación con la izquierda aragonesa, como si no fuese a tener en adelante otra oportunidad de seducirles. Ahora sé lo innecesario que fue ese despliegue circense de activista revolucionario.

En una camarilla de barra, durante el intermedio de las poesías recitadas, conté que en Inglaterra llegué a liderar un grupo internacional de estudiantes para protestar contra el *apartheid* frente al edificio de la Alta Comisión de Sudáfrica. Falseé además la historia relatando que, en una ocasión, llegué a ser detenido en Trafalgar Square a consecuencia de ciertos daños en la fachada del edificio por culpa de unas piedras fuera de nuestro control que unos *punks* lanzaron contra las ventanas. Inventé también que participé en tres viajes de solidaridad a La Habana para entregar medicinas de urgencia en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Y me referí, cómo no, a mis intervenciones en las marchas no autorizadas de Barcelona contra las centrales nucleares del año anterior. En mitad del fragor de mis embustes y sumido en el novedoso placer que estaba descubriendo, una poetisa de barrio nos hizo callar a todos con una oda a los pobres del mundo declamada sin oficio alguno con un altavoz de mitin. No la escuché: estaba tan maravillado con mi recién descubierta capacidad de inventiva y de bulo que saqué dinero del bolsillo y encargué unos daiquiris para los presentes. Estaba disfrutando con la aparente credulidad de mis nuevos fanes pero también empezaba a ser consciente del lío irreversible en que me estaba metiendo poco a poco. Cuando acabó el evento literario y, ya solo de nuevo, salí a la noche zaragozana, percibí por primera vez en mi vida un frío extraño de tundras que no se correspondía con la temperatura real de aquella ciudad amable, y que tenía más

que ver con la destemplanza de la mentira y con el desamparo del artificio, dos constantes que serían recurrentes a partir de entonces durante buena parte del resto de mi vida. Estaba penetrando en solitario en un mundo que no era mío y cuyo descubrimiento no iba a poder compartir con nadie más que con Helenio Gil.

No habían transcurrido ni tres semanas desde el recital de los poetas comprometidos con las injusticias cuando ya participaba plenamente en las reuniones de la junta directiva de la asociación de solidaridad con la revolución castrista. Para entonces ya me empezaba a resultar tremendamente fácil y divertido fingir que mis opiniones políticas eran diferentes a las que eran, aunque reconozco que en determinados momentos sufría crisis agudas de ideologías, sin saber ya cuál era mi percepción sincera sobre las cosas y cuál era la pantomima. Me mimetizaba con facilidad y éxito en cuestión de instantes, y el resultado era una desmesurada y placentera atención hacia mí por parte de cada uno de los socios de aquel anacrónico grupo de izquierda radical cuya actividad política no acababa todavía de parecerme sospechosa de nada. Pasados unos meses, entré a formar parte de la junta directiva del grupo de los amigos de Cuba. Además, había confeccionado desinteresadamente un logotipo nuevo para la asociación, en sustitución del vetusto acrónimo que usaban en los sellos de caucho, con una paloma y una estrella. Estaban todos maravillados con mis capacidades creativas, las literarias y las plásticas. Hasta yo lo estaba. Y ya tenía en mi poder la codiciada llave de la puerta de la sede, y todo ese esfuerzo de interpretación teatral me permitía acceder a una cuota de información que el CESID calificaba de valiosa y que me empezó a reportar interesantes beneficios económicos.

Mi recién descubierto tío Helenio se reunía conmigo cada semana, en días, horas y cafés diferentes. Unas veces tomábamos el desayuno; otras, las cañas, y, con frecuencia, el brandy de moda de la sobremesa. Contrastábamos la identidad y la descripción de los miembros de la asociación investigada, a los que iba poco a poco conociendo, sus profesiones, familias y amigos íntimos, los locales de ocio que frecuentaban, sus viajes políticos, las personas que venían de otras ciudades y hasta de otros países a apoyar con charlas y conferencias la causa de la Revolución de Cuba y la solidaridad

con el pueblo embargado por el imperialismo. Yo le entregaba al tío Helenio informes teclados en mi ordenador e impresos en una antigua máquina matricial de oficina. Él me enseñaba fotos de archivo en blanco y negro con multitud de rostros diferentes. Yo confirmaba o no la correspondencia de esas caras con los nombres que teníamos y el personal que se movía en aquel entorno.

Entregué a Helenio Gil copia de las llaves del local y de los candados de los armarios en los que se guardaban los papeles de todas las plataformas que compartían piso en Ramón Pignatelli. Me consta que unos agentes operativos del CESID entraron allí, con la debida nocturnidad y prudencia, y se hicieron con copias de toda la documentación que encontraron en los armarios y que les pareció interesante. A cambio me pagaban con regularidad, mes a mes, cantidades nada espectaculares pero sí muy suculentas para un estudiante tan sibarita como yo. Helenio Gil me entregaba el dinero con riguroso disimulo, sin que nadie alrededor pudiera percatarse de la cesión. Lo hacía siempre después de guardar plegados los papeles y papeles que le llevaba colmados de historietas de activistas, nombres, direcciones y opiniones personales expresadas por unos y otras. Los billetes de cinco mil eran siempre nuevos y venían muy doblados en sobres blancos de tarjeta de visita que, con habilidad de carterista, depositaba en mis bolsillos o mochila sin que ni siquiera yo me diese cuenta. Después de hacerlo me avisaba para que mirara al irme en tal bolsillo o cremallera. En otras ocasiones, aprovechando un descuido mío o una visita al aseo, colocaba el sobrecito en el interior de la funda de mis gafas. Las cantidades oscilaban siempre entre un mínimo y un máximo que solía corresponderse con la calidad y cantidad de información que hubiese proporcionado ese mes. Había meses que salía por 40.000 pesetas de entonces, mucho más que los 240 euros al cambio que representan hoy.

Yo reparaba ya en que toda esa extraña vida de desdoble que llevaba, encajada en una gaveta hermética y secreta llena de activistas y manifestantes, era infinitamente más divertida y honrosa que mi vida real o la de mis compañeros de clase. Sentía a veces, como supongo que le sucede a los mejores actores de método, que yo me convertía también en un auténtico agitador social a favor de la paz, la solidaridad de los pueblos, la ecología radical y la igualdad de los

sexos. Es más, llegué a la conclusión de que sólo implicándome emocionalmente en las causas abiertas del grupo conseguía dar a mi personaje la credibilidad necesaria para inspirar la indispensable confianza en el entorno.

Cada una de mis continuas comparecencias en las sedes o los bares de los amigos de Cuba eran como debutar con una aparición estelar en el escenario de un gran teatro. La función era distinta cada día, pero la obra también; sabía que debía evitar las improvisaciones. Me preparaba con tiempo en el espejo de casa, elegía con cuidado cada una de las prendas que vestía para la ocasión, descuidaba el afeitado y guardaba en los bolsillos maliciosamente recortes de prensa que luego sacaba en grupos bien elegidos para transmitir así una preocupación especial por un determinado tema. Compré pañolones hippies, gorras de militar caribeño y calcetines a rayas horizontales para las ocasiones más lucidas. Me hice con unas gafas graduadas de pasta negra con las que sustituí las otras plateadas, de marca, que brillaban demasiado en los antros de ron a los que me arrastraban en las noches más bohemias. Y me iba después a la cama ensayando discursos y frases hechas que sonaran bien en los foros de mis espíados. Me veía obligado para eso a buscar y leer noticias de Cuba, soporíferos libros sobre Fidel Castro, de Che Guevara, de Camilo Cienfuegos y de Juan Almeida. Rebuscaba en las librerías de viejo y daba a veces con ejemplares apolillados del *Granma*. Llegué a memorizar largos poemas de José Martí que declamaba en público cuando la solemnidad de la ocasión lo requería. Me volví un auténtico militante del marxismo-leninismo más tropical, un personaje trasnochado que bebía calimocho y hasta fumaba habanos sin estolas en las ocasiones especiales; un individuo creado que tenía que mantener bien oculto a mi familia y a la caterva habitual de mis amigos de clase.

Un día nos sorprendió en una de las reuniones de la junta directiva un nuevo y destacado visitante: se trataba de una mujer ya entrada en años, con el pelo revuelto, la mirada ojerosa y los dientes grandes y manchados, como de potro apalusa. Llevaba sus arrugados labios pintados al más puro estilo libertario, de un carmesí excesivamente vivo para su edad. Al finalizar el encuentro, con todos ya de pie charlando en grupos, noté cómo me observaba desde la

otra esquina de la habitación. Y noté también que se interesó por mi presencia en aquel contubernio y que le pidió información sobre mí a Carmen de la Hoz. Carmen debió de informarle de que estaba libre de toda sospecha y que era un socio de confianza que llevaba ya algún tiempo con ellos. Entonces vino hacia mí y me dijo que no podía imaginarme lo preocupada que yo la había tenido desde la primera vez que me vio, meses atrás, en un acto público en la plaza de España, y que por fin daba conmigo. Sacó de su enorme bolso de piel negra con tachuelas unas fotos en blanco y negro tomadas y positivadas por ella misma en las que se me distinguía bien, con distintas poses, en diferentes eventos organizados por los amigos de Cuba, los Mili KK o los antinucleares. «Creíamos que eras policía, un topo», me dijo. «Ahora ya me quedo tranquila, ya me ha explicado Carmen», confesó mientras me narraba que ya habían detectado a más de un policía en sus mítines y congresos. Acto seguido puso su mano en la parte final de mi espalda para comprobar sutilmente que no había pistolas en mi atuendo de paisano. Yo hice como si no me diera cuenta del cacheo y no dije una palabra, no fuese que mi voz entrecortada me delatara.

En otra ocasión, en aquel mismo salón de reuniones de la calle Ramón Pignatelli, apareció un joven venido de Madrid, coordinador de no sé qué federación de asociaciones de solidaridad con la Cuba de Fidel y el pueblo norcoreano. Su aspecto no era esta vez el de los demás: no usaba chalecos de lana alpujarreña ni sombreros de fieltro ni pañuelos de algodón palestino ni botines de cremallera ni mochilas curtidas. De hecho, su corte de pelo y su rostro lampiño chocaba con el de la descamisada clase obrera de nuestra sede. Nos contó cosas de una asociación de Granada que se llamaba Nicolás Guillén y de otras de otros lugares de la península que llevaban por nombre José Martí o Bartolomé de las Casas. Contó los éxitos de un reciente viaje a Cuba de su gente, y nos adelantó la inminente visita privada a Zaragoza de unos destacados mandatarios cubanos. Dijo que se reunirían con nosotros y nos contarían avances interesantes. También entonces aquel joven remilgado de ropas distinguidas se refirió a otra incidencia de espionaje en el seno de una asociación de Cádiz, entre cuyos miembros, al parecer, había sido descubierto un joven infiltrado

del CESID. Yo tenía que esforzarme, cada vez que oía el nombre de ese organismo, en no mover un solo músculo de la cara que pudiera delatarme. Solía disimular siempre con soltura, pero recuerdo que en aquella ocasión concreta me sentí muy directamente aludido, porque me pareció que el chico me miraba fijamente a los ojos mientras contaba esas maquinaciones, y por un instante pensé que había llegado el momento de levantarme de la mesa de trabajo y huir para siempre de aquella sede, de aquella calle y de aquella ciudad. Sin embargo, mantuve la compostura y superé otra vez una de esas pruebas de aplomo y pundonor que tan recurrentes serían en adelante y que tan valiosa experiencia me reportarían para el futuro. Eran las primeras lecciones de campo y, de ese modo, iba adquiriendo la veteranía y la pericia necesarias para superar otros momentos parecidos que vendrían más adelante, siempre comprometidos y aún más embarazosos.

Pasó el tiempo y llegué a ocupar el puesto de secretario de la asociación aragonesa amiga de los cubanos revolucionarios. Redactaba las actas de las reuniones y las archivaba, no sin antes fotocopiarlas para el Centro. Creo que fue a partir de ese momento cuando comencé a estar presente no sólo en las reuniones ordinarias, actos populares, recitales de poesía, mesas redondas universitarias y meriendas de las brigadas solidarias, sino también en esos otros encuentros sin convocatoria previa en los que figuraba, como único punto del orden del día, la acogida puntual a los agentes del Partido Comunista de Cuba que nos visitaban cada vez con más frecuencia. Esos simpáticos caribeños, blancos o negros indistintamente, según tocase, venían a vernos con la excusa de relatar las maravillas de los avances de la revolución y la lucha popular antillana contra el imperialismo yanqui. Se pasaban horas aleccionándonos sobre las bondades del régimen, las nuevas libertades, la abolición de las clases y la extinción de los prejuicios raciales. Sin embargo, además de ilustrarnos sobre tan impresionantes progresos, venían también, y fundamentalmente, a conocer las actividades que llevaban a cabo en España los cubanos que se habían autoexiliado de la isla y vivían en diferentes provincias del territorio. Se me permitió conocer así un mundo que empezó a mostrarse por primera vez oscuro y siniestro.